

INTRODUCCIÓN

La historia y el pensamiento de los pueblos —eso que se llama la memoria colectiva— se transmite de generación en generación a través de los relatos orales (cuentos, fábulas, leyendas) antes de que los escritores cultos las recojan y recreen en sus creaciones literarias. Toda cultura tiene sus tradiciones orales, muy parecidas a veces entre sí. Con ellas se nos daba una explicación fantástica de hechos como las tormentas, las mareas, la vida humana sobre la tierra o las rivalidades políticas... que, más tarde, iban a tener su explicación histórica o científica. La tendencia a lo maravilloso, que invade a tantos cuentos, también se observa en las leyendas, aunque a éstas se las tache a menudo de históricas, pues la verdad no es un rasgo que ataña a estas narraciones, en las que se tiende a convertir los sucesos reales en extraordinarios y a sus personajes en héroes, de ahí quien haya definido a la leyenda como flor de admiración que la gente del pueblo ofrenda a lo sublime, sobre todo donde falta la historia, pues es ahí donde más fácil cuaja la fantasía. Pues bien, un rico archivo de este tipo de motivos lo constituyen hoy muchos de nuestros cuentos y leyendas tradicionales, en los que se nos explican el nombre de tal o cual monte o río, la característica de tal o cual animal o el origen de una especie vegetal —no hay más que detenerse en la abundancia de exóticos nombres de flores y plantas emparentados con la mitología clásica, que luego han pasado a nuestro folclore.

Hay que señalar, también, el carácter moral que encierran muchos de estos relatos mitológicos, cuyos protagonistas encarnan las virtudes, vicios y actitudes de la condición humana. Por

eso no es casual que entre las fábulas clásicas de Esopo, Samaniego o La Fontaine, encontremos algunas cuyos protagonistas sean los mismos de estos relatos. Así, en «El asno y Júpiter» de las *Fábulas* de Samaniego (libro IV, n.º II) se nos resalta lo negativo de la envidia a través de las quejas de un asno que se lamenta de su mala suerte y desea que el dios mejore su suerte. Desde ese día, Júpiter (el Zeus de los griegos) decide no escuchar a ningún envidioso. Pero hay, quizás, ejemplos más representativos que éste en los que constatar de qué modo el acervo de los cuentos y leyendas de la mitología clásica —junto con el aluvión de motivos que nos han legado las culturas orientales— ha alimentado nuestro universo narrativo a través de los tiempos y, por lo tanto, en qué medida sigue siendo necesario conocerlo para comprender nuestra historia y nuestra literatura.

Con los cuentos, las leyendas y las fábulas (recordemos que en griego se llamaban *mithos*), todos los pueblos han tratado de explicar el mundo, su origen y el porqué de cuanto sucede alrededor del ser humano en relación con la naturaleza y con las fuerzas sobrenaturales. Desde la más remota antigüedad, los narradores orales —y luego los escritores— han tratado de dar explicaciones y pautas de conducta acerca del sentido de nuestra existencia y nuestro destino mediante sus historias fantásticas. Puede decirse que esas historias, que muchas veces son anteriores a la Historia, servían como explicación del mundo antes de que los filósofos o los científicos encontraran respuestas racionales y lógicas a lo que antes se creía sobrenatural y fabuloso. Nos hablaban de un mundo de dioses, héroes, seres fabulosos y humanos que compartían entre sí parecidos sentimientos de amor o de odio, de justicia o de venganza; otras veces nos explican el porqué de fenómenos naturales que un día dieron origen a las tempestades, a los astros o al amor y al odio entre los seres humanos. Ése es

el significado de muchos de los cuentos y las leyendas que todavía hoy se conservan y se transmiten de generación en generación, aunque no se difundan como antaño de viva voz, sino a través del cine, la literatura o los juegos interactivos.

Hasta ser recuperados por los folcloristas y los escritores modernos, o hasta quedar olvidados para siempre, han vivido en la memoria del pueblo, que los considera patrimonio suyo y así los conservaban y transmitían adecuándolos a sus costumbres, a su geografía y su mentalidad, a su modo de hablar. A veces incluso olvidándose de que un día pudieron ser obra de un autor particular. Por eso los cuentos y leyendas tradicionales son los más populares y universales, los más antiguos y modernos, los más perennes testimonios literarios. Pasan de boca en boca aunque las bocas hablen distintas lenguas y, al no poseer una redacción fija, no tropiezan con dificultades de adaptación en el tránsito de unas lenguas a otras, de unas culturas a otras, pues saben amoldarse a ellas fácilmente. En eso consiste su carácter popular: en su capacidad para transmitirse y adaptarse en lenguas, lugares y épocas diferentes. Y por eso, a veces, somos capaces de reconocer los motivos, o los temas de un viejo cuento hindú en la versión tardía de un cuento popular alemán, africano o ruso. Es como si ser populares les concediera a los cuentos licencia para pasearse y establecerse por cualquier lado, para vivir sin dueño, como trotamundos, pero siempre adaptados a los usos y costumbres del lugar en el que se quedan a vivir.

Desde su remoto e incierto origen, los cuentos tradicionales han errado de unos lugares a otros antes de quedar recogidos en antiguas colecciones como lo fueron *Disciplina Clericalis*, *Calila y Dimna*, *Las mil y una noches* y *El Decamerón*; o en otras más modernas como los *Cuentos de antaño*, de Perrault, los *Cuentos para niños y del hogar*, recopilados por los hermanos Grimm, los *Cuentos populares rusos*,